

ALBERT GARRIDO

LA SACUDIDA ÁRABE

Icaria ✦ Antrazyt
MUNDO ÁRABE

ÍNDICE

Antes de empezar 7

Introducción 9

I. El universo árabe 15

Radiografía del universo y la cultura árabes 16

Los antecedentes de la división 26

La diversidad de los regímenes árabes 30

Petróleo y política 35

Economía, corrupción y paro juvenil 39

II. La división religiosa 49

Características de la religión musulmana 50

Los orígenes de la división: un conflicto dinástico 53

Diferencias entre suníes y chiíes 54

El peso de la tradición y los obstáculos al laicismo 56

Las grandes corrientes del integrismo musulmán 63

El yihadismo 69

III. Occidente y el mundo árabe 75

Los objetivos de Estados Unidos 79

Los objetivos de la Unión Europea 85

IV. Las revueltas árabes	93
Las causas de las revueltas	95
El golpe de Wikileaks	104
V. Actores y herramientas	111
El islamismo político	113
El frente laico	119
La revuelta de los jóvenes	122
La revuelta de las mujeres	126
La revuelta en Internet	133
El mensaje de Al Jazira	138

Conclusiones	145
--------------	-----

ANTES DE EMPEZAR

Las páginas que siguen tienen su origen en el dossier que con el título *La sacudida árabe* redacté en agosto de 2011 para los estudiantes de Periodismo Internacional de la Universitat Pompeu Fabra. La ampliación de aquel primer texto obedece en gran medida al interés por la materia manifestado por los futuros periodistas de aquel curso y del siguiente, movidos por una curiosidad tan entusiasta como inagotable. Mi reconocimiento hacia ellos por la atención que me prestaron en mañanas llenas de análisis sugestivos.

Mi reconocimiento no puede ser menor con la historiadora Dolors Bramon, de la Universitat de Barcelona; el profesor iraquí Waleed Saleh Alkhalifa, de la Universidad Autónoma de Madrid; la periodista Lali Sandiumenge y el político e intelectual israelí Shlomo ben Amí: todos ellos me dedicaron parte de su valioso tiempo para reflexionar conmigo en voz alta acerca del cambio histórico que vive el mundo árabe. Lo mismo he de decir del profesor Sami Naïr, cuyo conocimiento del *ethos* árabe me ha permitido circular por caminos poco transitados y alejarme de algunas ideas preconcebidas.

Al profesor Antoni Segura le debo la paciencia de leerse el original y hacer aportaciones enriquecedoras en medio de sus otras muchas actividades de todos los días. Si algunas imprecisiones y generalizaciones poco rigurosas han desaparecido de la primera versión que quedó guardada en el ordenador ha sido gracias al buen juicio y los conocimientos de Segura.

No puedo concluir el capítulo de los agradecimientos sin mencionar a las responsables del servicio de documentación de *El Periódico de Catalunya*, que me ayudaron a navegar por el proceloso mar de los recortes amarillentos en los que di con algunos datos que no logré encontrar en ningún otro sitio.

Por lo demás, yo soy el único responsable de los errores que puedan haber quedado en el texto final. También lo soy de la transliteración de los nombres árabes, simplificada al máximo, salvo cuando he tenido conocimiento expreso de que alguien a quien menciono escribe su nombre en caracteres latinos de una forma determinada y de acuerdo con criterios diferentes a los seguidos por mí.

Barcelona, marzo de 2013

INTRODUCCIÓN

Los acontecimientos que se suceden desde los últimos días de 2010 han arrumbado la imagen de ensimismamiento, fatalismo y corrupción que transmitía el mundo árabe. Los sillares de la frustración, el atraso y la pobreza han sido zarandeados por la crisis social, la debilidad política de los autócratas y el clamor de la calle. Nadie, se dice, fue capaz de predecir cuanto iba a suceder, pero más allá de esa discutible ceguera colectiva, lo cierto es que los países árabes concentraron la masa crítica indispensable para que se produjera la fractura histórica. Lejos de los tópicos propios de una sociedad contemplativa, dispuesta a someterse siempre a los designios del poder, se activaron los resortes de la contestación y del hartazgo, y los socios de los regímenes en crisis, entre salvarlos de la quema o dejarlos caer, prefirieron esto último para preservar los equilibrios estratégicos en el espacio inabarcable que se extiende desde la costa africana del Atlántico hasta el corazón de Asia.

Es pronto para dilucidar si se trata de una serie de revoluciones en cadena, de revueltas inducidas por reformistas sociales, de un renacimiento de las sociedades árabes, de un compendio de las tres cosas o de algo genuinamente diferente a cuanto registra la historia de los movimientos político-sociales. Lo único cierto es que cada día se dan hechos nuevos que obligan a una revisión de lo afirmado hasta entonces, y así sucede que en el entretanto se ha consagrado la etiqueta *primavera árabe*, aunque se antoja más apropiado el

plural, *primaveras árabes*, pues la diversidad de los procesos así lo aconseja. A una parte de los actores del momento no les agrada el apelativo, que estiman apegado a la lógica y la tradición política europeas, pero finalmente el nombre no es más que una referencia que acota sucintamente una realidad poliédrica.

Por lo demás, tiene poco sentido indagar si las *primaveras árabes* deben equipararse al 1789 o al 1848 de Europa. Es improbable que análisis dirigidos a esclarecer este asunto tengan un final feliz. Más parece que domina en estas pesquisas la rigidez de un eurocentrismo académico infructuoso que soslaya los ingredientes genuinamente árabes de la sacudida. Dicho de otra forma: el relato histórico de los dos últimos siglos en el mundo árabe no permite llegar a una estación en la que *grosso modo* se repitan las circunstancias que dieron pie a los citados episodios europeos. Antes al contrario, el relato histórico árabe aparece decisivamente condicionado por el desarrollo del modelo europeo y, en consecuencia, la deriva de los países árabes responde a la dinámica abierta por el colonialismo, la liquidación del Imperio Otomano, los movimientos de emancipación, la construcción de los regímenes poscoloniales y la degeneración de estos, más el inacabable contencioso con Israel. Lo que ahora acontece en el orbe árabe queda tan lejos del modelo social de 1789 y de 1848 que la remisión a ambas referencias induce a pensar que no es más que un reflejo del pensamiento orientalista.

Es más esclarecedor preguntarse por los cambios incubados en las sociedades árabes que hicieron posible la configuración de bloques históricos nacionales que mediante procedimientos diferentes en cada caso acabaron con modelos anquilosados, pero aparentemente capacitados para hacer frente a sus oponentes. Y, entre las respuestas que pueden alumbrar las razones de lo sucedido, ocupa un lugar destacado la referida a la ausencia teórica del islamismo político en la etapa de mayor efervescencia y, poco después, el triunfo en las urnas de los partidos islamistas en Túnez, Egipto y Marruecos. Merece la pena prestar especial atención a este dato crucial porque la precipitación de los análisis, cuando

se subrayó la incomparecencia de los islamistas en la calle enardecida, llevó a afirmar con excesiva rotundidad que el poder de convocatoria del islamismo se había exagerado y que, a la hora de la verdad, no había sido capaz de condicionar el desarrollo de los acontecimientos.

Entre quienes vieron las cosas de forma diferente, es de destacar el enfoque del arabista francés Gilles Kepel, circunscrito al caso egipcio:

La ocupación de la plaza de Tahrir a principios del año 2011 era más el espectáculo de la revolución que una auténtica movilización revolucionaria. Fue llevada a cabo esencialmente por una juventud articulada, moderna, insertada en el mercado de trabajo, que habla inglés o francés y cuya relación con la masa de la población no fue más que muy gradual.¹

Lo que sustancialmente desvela el análisis de Kepel es que hay una gran distancia entre la composición social de las movilizaciones desencadenadas para desalojar a los dictadores y las sociedades árabes, entre la orientación ideológica del laicismo urbano y el arraigo de la tradición, más allá de las ciudades donde surgió la protesta. Es esta una distancia perceptible que se puede corroborar sobre el terreno a poco que uno se aleje de los medios de comunicación, del mundo académico y de las profesiones liberales, y aun en estos sectores más comprometidos con la brega para construir estados laicos, que garanticen una neutralidad razonable de los gobernantes, se localizan con harta frecuencia las voces del islamismo político.

Analistas tan poco dados a la conmisericordia y el halago como el profesor Henry Kissinger² dan por hecho que el islamismo político se ha instalado en el sistema para quedarse y que «Estados Unidos debe prepararse para pactar con los gobiernos islamistas democráticamente elegidos». Es más, Kissinger y otros vaticinan que en la medida en que encuentre un encaje adecuado en el *establishment* internacional, el islamismo será ideológicamente

menos combativo y se ceñirá más a la gestión no doctrinal de los asuntos corrientes. Al mismo tiempo, los nostálgicos del pasado no cejan en la pugna cotidiana dirigida a deteriorar la imagen de los nuevos gestores, subrayar su inexperiencia cuando no su sectarismo y perseverar en alguna forma de pacto lampedusiano que asee la fachada sin que nada sustancial cambie en el interior de las tramas de intereses construidas por las autocracias. Pero ¿es posible imaginar un cambio sin cambios en Túnez y Egipto, es imaginable que palacio se empecine en Marruecos con su transición en dosis homeopáticas después de otorgar una nueva Constitución, puede Libia sumirse en pugnas tribales inacabables después de enterrar a los muertos de la guerra civil, acaso la monarquía jordana puede zanjar el riesgo de crisis social con reformas cosméticas, puede Argelia mantenerse al margen de todo, parapetados los militares detrás del mito de la liberación mediante el alzamiento contra Francia de hace más de medio siglo?

Inmersos en el seno de esta madeja donde todo es posible y nada es seguro, donde se cruzan de forma inextricable las hebras del pasado y del futuro, lo menos que puede afirmarse es que es de por sí extraordinario que las *primaveras árabes* se hayan puesto en marcha y hayan sido capaces de institucionalizarse. Su desarrollo, las dificultades que surgen a cada paso y la tensión dialéctica permanente entre reformismo y tradición, entraña por lo menos tres virtudes: obliga a formular de nueva planta el modelo de crecimiento-modernización de las sociedades árabes, obliga a Occidente a revisar de cabo a rabo su relación con los países árabes y obliga a los nuevos regímenes a afrontar por fin la naturaleza confesional o no del Estado. Porque si los gobernantes sometidos a los requisitos occidentales eludieron el asunto sin mayores complicaciones, los nuevos gobernantes están lejos de poder seguir sus pasos, sometidos al escrutinio permanente de cuantos recelan de sus propósitos. Cabe así hacer extensiva a la totalidad de las *primaveras árabes* la afirmación del profesor Sami Naïr referida al partido tunecino Ennahda: «La cuestión del laicismo constituye en realidad el nudo gordiano del planteamiento estratégico presente y futuro».³

Al mismo tiempo, algunos nudos gordianos han adquirido la naturaleza de enigmas históricos, cuando no de tragedias colectivas. Es impredecible el futuro de la Siria despedazada por la guerra civil —los más pesimistas temen el nacimiento de un estado fallido a las puertas de Israel—; Baréin se debate entre la tutela saudí, la guerra de religión y las exigencias del dispositivo militar de Estados Unidos en el golfo Pérsico; en Yemen se combina una transición dubitativa con el riesgo de que Al Qaeda o alguna de sus franquicias arraigue en el territorio por un largo período; el trono de los Saud tiene aparentemente la solidez del sitial de Carlomagno, pero el cultivo de la gerontocracia pudiera degenerar en una crisis de familia; las demás petromonarquías viven días de oro y acaso opten por un *aggiornamiento* limitado, preferible siempre a sobresaltos mayores; Irak es un gigante herido que alberga una sociedad traumatizada con un futuro lleno de zonas de sombra. Incógnitas y más incógnitas que conviven con el dato cierto de que nada volverá a ser como antes de la sacudida árabe.

Notas

1. *Alternatives Internationales Hors-série*. Número 10. Enero de 2012.
2. «Defining a U.S. Role in the Arab Spring». *International Herald Tribune*, 2 de abril de 2012.
3. Naïr, Sami: *La lección tunecina*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2011, p. 241.

